

asno para que este último, de constitución mas débil, no padezca compartiendo el trabajo con el buey mas fuerte. Hasta á las plantas se extiende la prevision bondadosa de la ley; no deben ser cortados árboles frutales, ni devastados campos de cereales, ni en general debe echarse á perder fruta ninguna; disposiciones que se aplican tambien al país enemigo. Para dejar que se robustezcan los árboles jóvenes determina la ley que hasta el cuarto año no se recojan los frutos, y que los recogidos en este año sean entregados al santuario. Por último, para fomentar la verdadera bondad y amabilidad, prohíbe Moisés la soberbia y el orgullo.

El tratado de la conversión (penitencia) es cortísimo comparado con los demás, pero no se puede decir si Filon le dejó sin concluir ó si ha llegado á nosotros mutilado. Al lado de los bienes absolutos como la salud, cita Filon bienes de segunda clase, como el restablecimiento de la salud, el recuerdo y la enmienda. La exención de pecado es cualidad solo de Dios, y acaso tambien de algun varon divino; volver del pecado á una vida de justo es sabio, y para hacerlo no hay necesidad de ir á buscar los medios muy léjos, pues solo se necesitan palabras bien halladas, resolución y hechos. Por medio de esta reconciliación llega á ser el Señor el Dios de su pueblo y los hombres llegan á ser el pueblo de Dios.

El tratado final de la *Misna* de Filon habla, como corresponde, de las recompensas, penas, bendiciones y maldiciones. Una recompensa es la esperanza en Dios, que está figurada en Enos (el hombre); en Enoc está representada la vuelta del mal al bien, que se logra en el retiro y la soledad. Por la importancia que tuvo esta idea para el desarrollo posterior de la Iglesia cristiana, es esencial tener presente la influencia innegable que en esta parte ejerció la filosofía estoica en las ideas de Filon, sobre todo al decir: «Cuando una persona se ha decidido á ser irremisiblemente señora de sus pasiones, y desprecia goces y deseos, debe prepararse á abandonar sin dilación su casa, su patria, sus parientes y amigos,» á lo cual corresponde este otro propósito: «Lo desordenado, lo feo, lo desaliado y culpable es la muchedumbre, con la cual es enteramente excusado que se trate quien se ha resuelto á ir en busca de la virtud.» Es muy cierto que esta última proposición no corresponde al cristianismo original, pero atendida la afinidad de la vida monástica cristiana con la filosofía estoica pagana, no debe juzgarse que la institución monástica no tenga nada que ver con el cristianismo primitivo; pues lo que hay es que al nacer el cristianismo las ideas griegas habian penetrado ya muy profundamente en todo el pueblo judío, aun en la misma Palestina.

A la recompensa de la religiosidad hay que añadir, además de la esperanza de Enos, la conversión de Enoc y la inocencia de Noé, que no pereció en el diluvio. Despues de esto habla Filon de la confianza de Abraham en Dios, de la dicha celestial de Isaac y de la vista de Dios que fué concedida á Jacob. Esta vista de Dios es la recompensa de un trabajo serio para demostrar que Dios existe, pero no su esencia, porque el modo de ser de Dios, solo Dios puede comprenderlo. Segun la division propuesta debia seguir aquí la recompensa de José, pero en lugar de ella habla Filon de las recompensas de Moisés, lo cual demuestra que entretanto escribió la biografía de Moisés y que su propósito era poner esta biografía en lugar de la de José. Las recompensas de Moisés consisten en su reinado, en su calidad de legislador, de profeta y de sumo sacerdote, esto último naturalmente en sentido alegórico. Encuentra Filon las recompensas de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob en la interpretación del número de sus hijos, y de esto pasa con cierta irregularidad al castigo del fratricida Cain, en cuyos remordimientos ve una muerte continua. Luego habla de la banda de Coré que

se levantó contra el privilegio de Aaron de la posesión exclusiva del cargo de sumo sacerdote, y dicho esto vuelve á hablar de la recompensa de los buenos. Se advierte esta recompensa en la victoria que alcanzan sobre sus enemigos, ya sean animales ó personas feroces, enemigos que solo pueden ser vencidos cuando hemos dominado las pasiones dentro de nosotros mismos. Tambien se prometen á los religiosos bienes materiales como salud, riqueza, sucesión numerosa y larga vida. Tocante á la riqueza dice: «Gran riqueza posee en la tierra el que tiene reservada *riqueza verdadera en el cielo* ganada con sabiduría y santidad. Al que posee esta riqueza la providencia de Dios le llena tambien el tesoro, á fin de que no tengan impedimento los propósitos de su espíritu y de sus manos.» El hombre piadoso merece tambien la mas alta recompensa, á lo cual añade Filon: «Si existe semejante persona en una ciudad, aparecerá mas elevada que el país que la rodea; y si existe semejante pueblo, será mas elevado que todos los pueblos, como la cabeza está mas elevada que el cuerpo, para que alumbrén con su luz á los demás, no para honra suya, sino para utilidad de los pueblos á quienes alumbran.» En estos términos delicadísimos, pero claros, indica Filon la superioridad del pueblo israelita. Así dice tambien en otra parte que será cabeza del género humano el que sea mas capaz, persona ó pueblo.

Entre los castigos que esperan al impío cita y discute Filon la escasez ó falta de lo necesario, la servidumbre, las enfermedades y la angustia del espíritu.

Forma el final de toda la obra una grandiosa descripción, á su manera, del porvenir. La tierra, cansada de la constante inobservancia del año sabático, sacudirá la carga de los impíos, pero se dolerá, cual madre amante, de la muerte de sus hijos y producirá un género humano nuevo y santo. Los esclavizados y sus amigos serán libertados el día en que se conviertan y conducidos por Dios acudirán de todas partes á un lugar designado por Dios, porque tienen tres grandes mediadores cerca de Dios: la bondad y merced de Dios, la santidad de los mayores del pueblo (este pueblo, por supuesto, es para Filon el de Israel) y su propia enmienda. Aquí, segun se vé, omite Filon completamente la relación especial de Israel con Dios, privilegio que en otros tiempos fué la razón principal de la superioridad del pueblo de Israel entre los demás pueblos. Despues Filon, reproduciendo la imagen de Isaías del árbol cortado de cuyas raíces brotan nuevos vástagos, dice que una dicha permanente será la recompensa del pueblo, mientras sus opresores serán desdichados.

Si recapitulamos todo lo que hemos dicho sobre Filon, resulta evidente que este hombre fué el mas laborioso de los autores judíos grecificados y uno de sus genios mas grandes. Hasta donde le era posible consiguió su objeto, que era conciliar la idea que el pueblo judío tenia del mundo con la idea filosófica pagana. La Iglesia cristiana, hija del judaísmo, para vencer al paganismo tuvo que basarse en el trabajo de Filon, y en efecto, tomó las ideas de este varon por punto de partida. El material principal de que se sirvió la Iglesia para construir su edificio dogmático antiguo, consiste en las bases metafísicas de los escritos de Filon y en su manera de interpretar alegóricamente el Antiguo Testamento. Además, el valor de la vida ascética y el origen de la vida monástica se explican en gran parte por la ocupación y el estudio atento de los escritos de Filon. Lo que hay que notar es que Filon no perteneció exclusivamente á tal ó cual escuela filosófica griega, sino que se apropió el conjunto de la educación filosófica que en aquel tiempo poseían todas las personas ilustradas. Indudablemente la filosofía de Platon y la de los estoicos ejercieron la mayor influencia en la mente de Filon, y la filosofía pitagórica se manifiesta en él en su afición á los

números; pero es necesario tener presente que Filon nunca se apasiona por las especulaciones metafísicas, y tanto es así, que ciertas doctrinas, como la del verbo que algunos consideran el rasgo característico de su filosofía teológica, ocupan en su mente un lugar muy secundario. Su juicio acerca del carácter especial del pueblo judío es, al fin, el mismo que el de sus contemporáneos judíos. Para él, Israel es el pueblo de la ley, el pueblo especialmente protegido por Dios; así resulta de sus escritos históricos y muy particularmente de su libro sobre la embajada enviada á Calígula. Filon se nos presenta en un todo como un escriba judío; sus dos obras principales no son en el fondo sino lo que en Palestina se llamaba el *Targum* y la *Misna* de la ley; y la diferencia entre su trabajo y el de sus colegas de Palestina consiste en que estos dirigieron su atención principalmente á la aplicación de la ley á casos particulares de la vida diaria, mientras Filon trata de interpretar esta ley en una sociedad que no se cuida ya de ella. Debe presumirse, por tanto, que Filon dirigió sus obras principales, no á la sociedad ilustrada pagana, sino especialmente á los judíos que vivían en pueblos de ideas paganas, á quienes queria inducir á que cumpliesen y venerasen la ley.

#### 4. Muerte de Herodes Agripa I.

Cuando ocurrió en 24 de enero del año 41 de nuestra era la muerte de Calígula á manos de su asesino Casio Quereas, hallábase casualmente Herodes Agripa en Roma y se apresuró á adquirir méritos cerca del sucesor, Tiberio Claudio Neron, tío de Calígula y sobrino de Tiberio. El emperador Claudio le recompensó agregando á sus territorios la Judea y la Samaria, el territorio de Abilene y la comarca del Líbano; de manera que Herodes Agripa reunió bajo su autoridad todo el reino de su abuelo Herodes I. Al propio tiempo concedió Claudio el reino de Calcis á Herodes, hermano y yerno de Agripa. Berenice, hija de Agripa, y esposa del nuevo rey de Calcis, habia estado desposada con el hijo de Alejandro, prefecto de escrituras públicas de Alejandría, pero este novio suyo habia muerto antes del casamiento. El prefecto Alejandro, hermano de Filon, estaba preso durante el reinado de Calígula, y Claudio le devolvió la libertad probablemente á ruego de Agripa. Pero muy pronto se vió Claudio en el caso de poner trabas al espíritu de venganza de los judíos de Alejandría, que habian recobrado nuevos bríos. Claudio confirmó sus antiguos privilegios, pero impuso á ellos y á sus adversarios la obligación de conservar la tranquilidad. Tambien devolvió á los judíos en todo el imperio su antigua libertad religiosa de que habian estado privados en el reinado de Calígula, pero les advirtió muy seriamente que no abusasen de su bondad y no molestasen á otros pueblos por sus creencias diferentes. En este decreto se expresa por primera vez oficialmente la queja contra la intolerancia judía y se concede á los judíos la libertad religiosa, á condicion de que respeten los demás cultos.

Agripa volvió á Palestina, ofreció sacrificios de gracias en el templo de Jerusalem y suspendió del altar de las ofrendas, en el atrio interior, la cadena de oro que Cayo le habia regalado despues de la muerte de Tiberio. No estando contento del sumo sacerdote Teófilo, hijo de Anás é instituido por Vitelio, nombró sucesivamente para este cargo, primero á Simon Canteras, hijo de Boeto, despues á Matías, hijo de Anás, y mas adelante á Elieneo, hijo de Canteras. Habiendo algunos jóvenes griegos de la ciudad marítima de Dora puesto una estatua del emperador en la sinagoga judía de aquella ciudad, Agripa se dirigió en queja al gobernador de Siria Petronio y consiguió que se respetara el derecho de sus com-

patriotas. En Jerusalem, su residencia preferente, construyó poderosas murallas á costa del Estado, pero tuvo que suspender las obras por orden del emperador dada en virtud del dictámen de Marso, nuevo gobernador de Siria y sucesor de Petronio. Este Marso, al parecer, no se fió mucho de Agripa, porque cuando le hizo una visita en Tiberiade, Agripa salió á recibirle á kilómetro y medio fuera de la ciudad, en compañía de cinco reyes, los cuatro de Comagene, Emesa, la Armenia menor y el Ponto, y el de Calcis, hermano de Agripa, que casualmente se encontraba á su lado. Marso ordenó á estos cinco reyes que salieran inmediatamente de la Palestina: fundaba su desconfianza no solamente en las relaciones de Agripa con estos reyes, sino tambien en la importancia y simpatía de que gozaba entre su pueblo, porque por su abuela Mariamne pertenecía á la familia herodiana y descendía al mismo tiempo de la antigua familia asmonea; habia representado, con feliz éxito, los intereses del pueblo judío cerca de Calígula, y además cumplía rígidamente los preceptos de la ley judía sin faltar en nada á la pureza levítica y sin omitir ningun día el sacrificio que al rey correspondía ofrecer en el templo. De esta manera se captó el afecto de los doctores, jefes del pueblo, y para contentarlo permitió á veces la ejecución de algun hereje, de suerte que los doctores rígidamente de la ley le perdonaban gustosos sus pecados juveniles. A pesar de todo, uno de estos doctores, el mas célebre de Jerusalem, llamado Simon, dijo un día que el rey no era persona sagrada, por cuya razón debia prohibírsele el acceso al atrio interior del templo. Súpolo el rey y le llamó á Cesarea, donde le hizo sentarse á su lado en el teatro y le preguntó si observaba allí algo de impío. Simon no supo qué contestar y pidió perdon, que le fué concedido. Mucho favoreció Agripa la ciudad de Berito (Beirut), á la cual enriqueció con un teatro, un circo, baños y pórticos de columnas. En la inauguración solemne de estas obras hizo luchar en el circo á setecientos criminales como gladiadores y todos murieron á la vista del público. En el año 44 celebró en Cesarea, junto al mar, grandes juegos en honor del emperador. En la mañana del segundo día de fiesta se presentó vestido de una tela tejida de plata que brillaba magníficamente al reflejo del sol; pero mientras las personas que le rodeaban le celebraban en términos que solo deben aplicarse á seres sobrenaturales y divinos, se sintió súbitamente acometido de dolores de vientre tan fuertes, que hubo de ser llevado á su palacio, donde murió á los cinco días. Durante su enfermedad estuvo rodeado el palacio de una multitud de hombres, mujeres y niños que conforme á la ley oraban por la salud del rey, pues tenían el presentimiento que con el rey se derumbaba la existencia política del pueblo judío.

Apenas hubo espirado el rey, la guarnición romana y acaso tambien la población pagana de Cesarea manifestaron á las claras la mala opinion que les merecia el piadoso rey difunto, cuyo pasado perverso constaba á todo el mundo. Las estatuas de las dos hijas de Agripa (1) fueron arrastradas, llevadas á casas públicas y allí profanadas de una manera ignominiosa. El emperador quiso nombrar al principio sucesor de Agripa al hijo de éste, joven de 17 años, que tambien se llamaba Agripa, pero los omnipotentes libertos en la corte imperial lo impidieron. Tambien quiso trasladar al Ponto la guarnición que tan indignamente se habia portado en Cesarea; pero una comision de los soldados consiguió que se les

(1) Este piadoso rey Agripa habia acostumbrado evidentemente á su pueblo á las imágenes. Existen monedas de él que presentan un quitasol y espigas de trigo, y debieron de ser acuñadas en el último tiempo de su reinado, porque tambien hay monedas de él acuñadas en el reinado de Calígula que representan la figura de la diosa de la Fortuna ó de la Victoria.

dejara en Palestina. El emperador puso el gobierno de este país en manos de procuradores, siendo el primero de ellos Cuspio Fado. El gobierno de estos funcionarios constituye el último período de la existencia nacional independiente del pueblo de Israel; pero antes que concluyamos la narración de la época herodiana, debemos estudiar la vida interior del pueblo judío bajo el gobierno de los herodianos, pues constituye una de las épocas más importantes, no solamente de la historia de Israel, sino también de la historia general de la religión.

##### 5. La erudición judía en tiempo de los herodianos.

En la lucha de los dos partidos, el fariseo y el saduceo, que en tiempo de los asmoneos se disputaban el poder, quedó victorioso el fariseo con la destrucción de la dinastía asmonea. Los saduceos continuaron existiendo en el reinado de Herodes y sus sucesores, principalmente en las regiones más elevadas de la clase sacerdotal, pero habían perdido su importancia política y desde entonces se limitaron a no admitir la *Halajá* creada por los judíos. Desempeñaban el servicio del templo correctamente, es decir, como estaba prescrito, con lo cual consideraban cumplido lo que exigían las relaciones entre Dios y su pueblo, y por lo demás prescindían de las prescripciones nimias de los fariseos. Tampoco participaban de la creencia de estos en una vida en el otro mundo, en una providencia de Dios en cosas tenues y en un mundo de espíritus existente entre Dios y los hombres. Los saduceos se habían reducido, pues, a ser la clase ilustrada tolerante y vividora, pero no tenían la simpatía del pueblo, que seguía decididamente a los fariseos. Estos eran los jefes doctos del pueblo; se mostraban vestidos de largas ropas tales, llevando en la mano anchos papeles y otros atados a los extremos inferiores del traje (estas dos cosas tenían por objeto recordar continuamente la ley); el pueblo les saludaba con veneración y los llamaba rabbi, que quiere decir maestro, y otras veces padre ó señor, y en la sinagoga ó en las comidas se les cedía por lo regular el sitio preferente. Cultivaban el estudio de las Sagradas Escrituras como un arte libre, además de su oficio que los mantenía; a fin de que el estudio de la ley no llegara a ser el azadón para cavar la tierra, es decir, para mantenerlos. Su principal objeto era conocer siempre más y mejor la ley y sus aplicaciones, y transmitir estos conocimientos a otros; y como la aplicación de la ley se había llevado al extremo de regir todos los casos de la vida sin exceptuar los más fútiles, resultaba que para los estudiantes de la ley, ésta presentaba un campo infinito que permitía encontrar siempre nuevas aplicaciones. Estos eruditos judíos observaban también la ley de la continuidad, es decir, que sostenían las opiniones y preceptos fijados por autores anteriores; querían que sus reglas quedasen aceptadas permanentemente; y si ocurrían divergencias de criterio eran decididas por discusiones organizadas a propósito. Estas discusiones se celebraban generalmente en el atrio del templo, pudiendo escuchar, interpelar ó introducir cuestiones las personas laicas, a las cuales se contestaba aunque fueran niños (1). Lo que definitivamente acordaban los eruditos quedaba admitido como uso y formaba parte de la *Halajá*. Un gran inconveniente había cuando dos doctores acreditados no podían ponerse de acuerdo sobre algunos puntos importantes, porque los discípulos de cada uno admitían naturalmente la opinión de su maestro y sacaban de ella continuamente nuevas

(1) Véase el caso de Jesús cuando a la edad de doce años discutía con los doctores en el templo (Evangelio de S. Lucas, 2, 46 y 47).

consecuencias. De esta manera resultaron con el tiempo dos clases de usos. Verdad es que en mayor escala sucedió este fracaso solo una vez entre los dos doctores Hillel y Sammai, que vivieron en tiempo de Herodes I. Si prescindimos de las tradiciones legendarias abundantísimas con que posteriormente se ha ensalzado a estos varones, queda muy poco material histórico respecto de ellos. De Hillel poseemos una serie de hermosísimas máximas morales que nos dan una idea muy precisa del carácter é importancia del hombre. Hillel recomendaba mucho la fuerza moral y decía: «Cuanto más falten hombres en un punto, tanto más aplícate a ser hombre.» Exhortaba a sus discípulos a no perder la energía aunque estuviesen rodeados de personas pusilánimes, diciendo que precisamente entonces debían esforzarse más en ser enérgicos. El hombre debe ser decidido, activo, rápido y desinteresado, dice Hillel: «Si no trabajo yo para mí, ¿quién lo hará? Y si trabajo solo para mí, ¿qué soy yo? Y si no trabajo ahora, ¿cuándo trabajaré?» La convicción de la virtud propia es el mayor peligro para los que quieren progresar en el camino de la virtud: «No confíes en tí mismo, dice Hillel, hasta el día de tu muerte.» El mérito y valer del hombre consiste en trabajar para otros: «Conviene que seas discípulo de Aaron, solía decir Hillel, amante de la paz y pacificador; ama a los hombres y educa los para la observancia de la ley.» Debemos observar aquí que este autor judío de Palestina consideraba, como Filón y probablemente como otros, que la ley había sido dada para todos los hombres y no solamente para el pueblo de Israel. Otro aspecto del amor al prójimo toca Hillel: «No juzgues al prójimo hasta que te encuentres en su lugar.» La vida justa aprovecha al que la practica, lo cual expresa Hillel en estas palabras: «El que adquiere buen nombre lo adquiere para sí.» Para ser justo y honrado hay que seguir y conocer la ley: «El hombre sin instrucción no teme el pecado, y el ignorante no puede ser verdaderamente religioso.» Y añade: «El que procura adquirir conocimiento de la ley adquiere felicidad en la vida futura.» Aquí vemos indicada por Hillel la existencia de una vida futura. El estudio de la ley ha de cultivarse continuamente, porque «el que no aumenta sus conocimientos los disminuye y el que no quiere buscar doctrina ninguna, merece la muerte.» Hay que entender la última parte de esta sentencia en el sentido de su autor, y quiere decir que la persona que rechaza el conocimiento de la ley para poder cumplirla, rechaza el objeto de su vida y por lo mismo pierde la vida miserablemente. Con mucha razón vió Hillel un gran peligro para su pueblo en su pasión por el comercio, lo cual le hizo decir: «Quien se dedica demasiado al comercio nunca será sabio.» Horror causaba a Hillel ver a sus colegas vender por dinero su erudición en la ley, y esto le hizo decir: «Quien comercia con la corona (la ley) desaparece.» Contra la vanidad de sus colegas, dijo: «El que quiere adquirir gran nombre pierde su nombre propio.» También vituperaba en estos términos el vicio de muchos doctores de la ley vanidosos de su saber: «Cuando expliques las cosas no lo hagas de manera que no se entiendan; no digas: ya lo entenderán al fin; me explicaré mejor cuando tenga tiempo, porque quizás te falte ese tiempo.» Respecto de la enseñanza dice, como hombre de experiencia: «El tímido no aprende nada y el brusco no sirve para maestro.» En el pasaje siguiente compara Hillel el ningún valor de la riqueza material con el valor de la riqueza de espíritu: «Cuanto más carne, más gusanos; cuantos más bienes, más cuidados; cuantas más mujeres, más superstición; cuantas más esclavas, más licencia, y cuantos más criados, más hurtos; pero cuanto mayor es la enseñanza de la ley, tanto mejor es la vida; cuanto más escuela, tanta más sabiduría; cuanto mayor es la consulta, tanto más racionales son las obras y cuanto más bien

se hace, tanto mayor es la concordia.» Esta sabiduría sentenciosa recuerda las sentencias de Jesús ben Sirac; pero no se contentó Hillel con sentencias, pues mayor bien hizo con sus consejos precisos sobre varios puntos especiales del cumplimiento de la ley; por ejemplo, respecto del lamentable inconveniente que resultaba de que poco antes del año de remisión nadie quería prestar dinero a otro, ni menos para más allá del citado año, en vista de lo cual propuso Hillel que el acreedor hiciese firmar por el deudor un convenio según el cual el primero pudiese reclamar el préstamo en cualquier tiempo. Con esto quedó salvado el inconveniente sin anular el precepto del año de remisión.

En otra ocasión procuró Hillel evitar los inconvenientes del cumplimiento efectivo de una ley humanitaria. Según esta ley, podía venderse una casa situada en una ciudad amurallada, pero el comprador tenía que devolverla a los cincuenta años; Hillel propuso que se dejase al vendedor el derecho de reintegrarse en la posesión de la casa devolviendo al comprador, antes de pasar un año, lo que había pagado por ella. Sucedió, sin embargo, que el comprador de una casa, para impedir que el vendedor le restituyera el precio de compra antes del año, se mantenía ausente ó oculto, a fin de que el vendedor no le pudiera entregar el dinero. Para evitar esto aconsejó Hillel, lo que luego fué adoptado como uso, que el vendedor de una casa si quería recobrarla antes del año y no encontraba al comprador, pudiera depositar la suma de la compra en el tesoro del templo y desde aquel momento tenía derecho a tomar posesión de la casa vendida aunque fuese penetrando en ella a la fuerza. Por su parte el comprador podía ir a buscar cuando quisiera el dinero al templo. En cuestiones de esta clase no estaban siempre de acuerdo Hillel y Sammai, como sucedió una vez con la cuestión de si podía imponerse las manos sobre el animal ofrecido para sacrificio en los sábados ó días de fiesta. Sammai negó este derecho é Hillel lo afirmó, y como ambos tenían sus discípulos resultaron con el tiempo dos prácticas diferentes en muchos puntos.

De Sammai sabemos menos que de Hillel; era más rígido que éste, y de él se ha conservado esta hermosa sentencia: «Haz del estudio de la ley tu ocupación fija, prométe poco y cumple mucho, y recibe a todo el mundo con amabilidad.» Cuando su nuera dió a luz un niño, Sammai abrió la techumbre sobre el lecho de la parida y cubrió la abertura con ramas verdes y guirnaldas para que el israelita recién nacido celebrara la fiesta de los Tabernáculos según la ley. Las escuelas de Hillel y de Sammai no se encerraron estrictamente en las doctrinas de sus maestros. Sammai había estado de acuerdo con Hillel en declarar que una adición impura a un manjar no hacía impuro a este manjar cuando la cantidad de la añadidura no llegaba al tamaño de un huevo. Pues bien, a pesar de este acuerdo de los dos maestros, la escuela de Sammai declaró que todo manjar era impuro si contenía alguna cosa impura. Esta cuestión de escuela duró hasta más allá del primer siglo de la era cristiana y para dar una idea de los pormenores a que descendían estas controversias de escuela, citaremos solo la diferencia de opiniones que hubo respecto de la pureza ó impureza de un asiento destinado a una novia. Este asiento era para ambas escuelas impuro durante su uso; pero mientras la escuela de Hillel le consideraba puro si se le quitaban los adornos, los discípulos de Sammai lo declararon impuro aun en este estado, fundándose en la opinión de su maestro que había declarado impura hasta la tabla de asiento de semejante silla. No hay que decir los disgustos a que daban origen las divergencias de estas escuelas en los pueblos, y esto resalta más de las disposiciones divergentes respecto de la alimentación, parti-

cularmente en los días de fiesta. Según la escuela de Sammai, en estos días debía darse principio a la comida con una oración relativa al día; después bendecirse el vino; luego lavarse las manos; en seguida ponerse el mantel sobre la mesa y después llenarse de vino la copa bendita. La escuela de Hillel prescribía en cambio que primero se bendijera el vino, que después se pronunciara la oración relativa al día, luego se llenara la copa, seguidamente se lavaran las manos y después se pusiera la servilleta, no encima de la mesa, sino encima del cojín. Esto respecto del principio; mas durante la comida había otros infinitos motivos de divergencia por cuestiones nimias de pureza é impureza. Concluida la comida, la escuela de Sammai quería que primero se barriera el cuarto y después se lavaran las manos; mas la escuela de Hillel prescribía que primero se lavaran las manos y después se barriera. Como estas cuestiones, eran igualmente nimias las que ocurrían en todos los actos de la vida, y si era ya una esclavitud insoportable tener que observar innumerables nimiedades de la ley, mas lo era cuando diferentes escuelas discrepaban en estos asuntos. Los mismos doctores de la ley, ocupados en semejantes controversias, olvidaban con frecuencia la observancia de tantas reglas, y si esto pasaba a los doctores de la ley, no es extraño que el particular, el hombre sencillo deseara sacudir aquel yugo tan pesado y cambiarlo por otro yugo más sencillo y llevadero.

La doctrina de la misteriosa secta de los esenios era una mezcla singular de elementos judíos y paganos. Esta secta existía ya un siglo antes de nuestra era y contaba en tiempo de Filón unos 4,000 adeptos. Los esenios no eran un partido popular, sino una especie de sociedad extendida por toda la Palestina que no admitía sacrificios cruentos, por cuya razón no acudían sus individuos al templo de Jerusalén. El objeto de la sociedad era evidentemente una vida santa, según la ley judía tradicional. Para llegar a esta santidad, los neófitos debían pasar un largo aprendizaje; debían obediencia incondicional a los superiores de la órden nombrados por elección, hacer vida común hasta donde era posible, teniendo por reglas la comunidad absoluta de bienes y la abstención completa del matrimonio. En sus comidas reinaba la mayor sencillez; no se ungían con aceite, procuraban conservar la mayor limpieza, se bañaban y lavaban con mucha frecuencia y llevaban siempre ropajes blancos. Correspondiendo a su sencillez y pureza, condenaban el juramento desde el momento que ya al entrar en la órden habían jurado decir siempre la verdad. No ejercían ninguna clase de comercio, porque era contrario a la comunidad de bienes, y condenaban la fabricación de toda clase de instrumentos destinados a dañar al hombre. Cada miembro trabajaba para todos y por lo mismo condenaban la esclavitud. Tenían sus sacerdotes, que pronunciaban antes y después de la comida las oraciones correspondientes; pero no se sabe si estos sacerdotes eran ó debían ser precisamente descendientes de Aaron. Veneraban en gran manera al legislador Moisés y castigaban con la muerte toda blasfemia contra él. En la santificación del sábado eran rigorosísimos. Erán un secreto impenetrable sus doctrinas especiales y sobre todo sus escrituras sagradas particulares. Los autores que nos hablan de esta sociedad secreta dicen que sus individuos aclamaban cada mañana antes de salir el sol a este astro, como si quisieran excitarlo a salir. Tenían doctrinas especiales respecto de los ángeles, cuyos nombres los adeptos tenían obligación de aprender con gran perfección. Conocían las virtudes curativas de las raíces y las cualidades de las piedras. Sobre la relación entre el alma y cuerpo tenían una doctrina especial; el amor terrenal ata el alma inmortal al cuerpo perecedero, y después de la muerte llegan las almas buenas a un

país al otro lado del Océano donde reina la felicidad; pero las almas malas van á un sitio tenebroso y frio donde son atormentadas sin cesar.

En otra parte ya hemos dicho que en los libros de Enoc existen evidentemente restos de escritos esenios. La doctrina de los ángeles, la contemplación del cielo estrellado, sobre todo del sol, la creencia en la caída de los espíritus celestes, el conocimiento de las plantas y piedras, la descripción de un país feliz de las almas buenas, y de un país desdichado de las almas malas, son otros tantos puntos que distinguen los libros de Enoc de los demás escritos judíos. Es indudable que en las costumbres de los esenios había influencias persas y griegas. La doctrina del encadenamiento del alma al cuerpo después de la caída del alma es evidentemente copia del mundo de ideas filosóficas platónicas, y á la misma serie de ideas pertenece la doctrina de que el estado matrimonial es pecaminoso. La filosofía de Pitágoras se manifiesta en la secta esenia en la comunidad de bienes, en llevar ropajes blancos, en condenar los sacrificios cruentos y en la promesa de no jurar; y de la religión de los parsos ó adoradores del sol deben derivarse las aclamaciones que los esenios dirigían al sol y también su extensa teoría de los ángeles. Estas diferentes series de ideas se habían apoderado entonces completamente de la sociedad griega oriental; y como tanto el fariseo Josefo como Filon de Alejandría estaban enteramente bajo la influencia griega y de las ideas de que estaban penetrados los griegos, es muy natural que ninguno de estos dos autores descubriera en los esenios judíos nada de extraño ni á su fe judía ni á la creencia general. Por lo mismo es ciertamente un grande error suponer que la comunidad de los esenios tuvo su origen en la antigua fe israelita y en los profetas del Antiguo Testamento; pero también es un grave error creer que el esenismo no fué un producto genuinamente judío porque refleja influencias persas y griegas, pues que precisamente estas mismas influencias fueron las que transformaron la antigua religión israelita en la religión judía.

#### CAPITULO VI

##### JESUCRISTO Y EL DESENVOLVIMIENTO DE SU COMUNIDAD DENTRO DE LA RELIGION JUDÍA

Muy insignificante sería el interés que ofrecen los sucesos de la vida nacional del pueblo judío que acabamos de describir, si todo este desarrollo no hubiese dado lugar á la aparición de un hombre que, considerado á la luz de la historia, resulta ser el profeta único en su clase de un ideal humano, hasta hoy sin rival, y que no lo tendrá nunca según la creencia de innumerables personas. Jesús de Nazareth no es una aparición bajada del cielo (1) y bajo todos los aspectos incomprensible; pues su grandeza é importancia históricas consisten justamente en que hizo posible la transmisión sencilla y completa á todos los pueblos, de la sustancia más esencial de la religión israelita, desarrollada hasta el grado que conocemos. Este había sido en realidad el objeto del judaísmo: hacer partícipes á los demás pueblos de los privilegios que el pueblo de Israel tenía. El judaísmo de Alejandría logró este objeto solo en cuanto trató de los fines morales de la religión israelita como lo único importante; pero poniendo en lugar de la virtud y de sus fundamentos morales la confianza en Dios, consecuencia de la elección del pueblo judío por Dios, entre la multitud de pueblos paganos, y las sutiles especula-

(1) Bajara ó subiera, Jesús es el Verbo divino; pero el autor le trata como hombre históricamente hablando, y hombre era también seguramente. (N. del T.)

ciones sobre la esencia y la revelación de la divinidad. El fariseísmo, en cambio, trató de hacer partícipes á los paganos de la religión del pueblo de Israel por medio de una propaganda impetuosa y de una constante adquisición de prosélitos; pero como insistía en la confianza en Dios genuinamente judía, tuvo que exigir el ingreso de sus prosélitos en la comunidad nacional judía, y por lo mismo la observancia correcta del ritual para obtener una gloria futura que sería exclusivamente nacional; todo lo cual debía oponer grandes obstáculos á la misión propagandista del fariseísmo. Al examinar los esfuerzos religiosos hechos en los dos últimos siglos de la vida nacional judía, preguntamos involuntariamente si no era posible encontrar entre el judaísmo de Alejandría y el fariseísmo un término medio que permitiera comunicar al mundo pagano la confianza en Dios del pueblo israelita, sin obligar á los paganos á entrar en la nación judía. Esta cuestión se imponía con mayor urgencia desde que el pueblo judío había cesado de ser una entidad política en la historia de la humanidad. Si no se hubiese encontrado este término medio, Moisés y los profetas habrían trabajado para un pueblo muy reducido y no para la humanidad entera.

Esta cuestión, por supuesto, no fué estudiada por nadie en la época de que tratamos; pero la Providencia y la historia la han resuelto, y Jesús, cuya aparición como Mesías resolvió este problema de la historia del mundo, lo resolvió, según parece, sin saberlo (2). Antiguamente se fundaba la confianza en Dios del israelita creyente en el hecho de pertenecer al pueblo de Israel y de haber sido éste el pueblo elegido por Dios entre los demás pueblos; y en adelante la confianza en Dios de la nueva comunidad cristiana se fundó en el advenimiento de Jesús como Mesías y en pertenecer á este Mesías. Como el amor que Dios profesaba á su pueblo se concentraba también según el concepto judío en el amor de Dios al Mesías, resultó que la fe judía había madurado el fruto de su posterior desarrollo cristiano.

Jesús, hijo de José y de María, se nos presenta como el profeta de Nazareth ó de Galilea. Descendencia de David según nos asegura el apóstol San Pablo, pero probablemente San Pablo se fundó para esta aserción en la convicción de que el Mesías debía ser forzosamente descendiente de David. Jesús mismo jamás dijo una palabra sobre esta descendencia, y las dos genealogías que pretenden demostrarla son enteramente diferentes. Lo mismo y aun peor sucede con el nacimiento de Jesús en Belén, que se ha sacado del profeta Miqueas, y del cual la tradición nada sabe, mientras los demás datos son contradictorios. Respecto del nacimiento de Jesús del seno de la Virgen María, ó no se habla ó allí donde se menciona la genealogía de Jesús está basada en la de su padre José. Lo mismo puede decirse respecto del año del nacimiento de Jesús; lo que consta en noticias eclesiásticas y no eclesiásticas es su crucifixión bajo el gobierno de Pilato, en el reinado de Tiberio. Pues bien, Pilato gobernó en Judea desde el año 26 hasta 36; San Lucas dice que el año décimoquinto del reinado de Tiberio fué el trigésimo de Jesús, y desde entonces se cuentan tres años, durante los cuales Jesús predicó públicamente y murió el año 33 en la fiesta de Pascua. Con esto, sin embargo, no concuerdan ni el hecho de haber nacido Jesús en tiempo de Herodes el Grande, que murió el año 4.º antes de nuestra era, ni la noticia de que Jesús nació en tiempo del censo ordenado por el legado Quirinio en el año 7. Finalmente, existe todavía una opinión muy diferente, según la cual Jesús llegó á una edad entre 40 y 50 años.

(2) Imposible sería para el autor demostrar, aun bajo el punto de vista exclusivamente histórico, que Jesús no sabía lo que se hacía. (N. del T.)

Todas estas investigaciones sobre la vida material de Jesús encuentran un grandísimo obstáculo en una cualidad característica de su predicación, la cual nos conduce á penetrar su modo de ver. Jesús creyó ser el Mesías; se cuidó poco de la suerte política de su pueblo, y muy contadas son en sus predicaciones las referencias precisas á sucesos históricos que tan frecuentes son en los sermones de los antiguos profetas. Donde Jesús se refiere á sucesos políticos lo hace como los filósofos, que de los sucesos sacan reglas generales; así por lo menos parece hacerlo en una parábola relativa al viaje de Arquelao á Roma, haciendo ver en la recompensa y el castigo de los grandes de Palestina por Arquelao, un ejemplo de lo que Dios hará con aquellos que no le reconocen como su Señor antes del día del juicio. Todo lo que se desprende de este pasaje como dato histórico de la vida de Jesús es que cuando imaginó aquella parábola debía de estar todavía muy fresca la memoria del gobierno de Arquelao, y también es probable que fuese pronunciada en terreno de Judea; cosas que sabemos sin esto, porque el reinado de Arquelao y sus disposiciones contra sus adversarios podían ser muy bien recordadas á las gentes en el cuarto decenio del primer siglo por las ruinas de algun castillo ú otro lugar, y el aspecto de estas ruinas pudo dar lugar á la citada parábola. Además de esto menciona Jesús un hecho atroz de Pilato, á saber, el de hacer acuchillar á gente de Galilea junto al altar de los sacrificios; pero al hablar de esto solo corrige á aquellos que quieren hablar del degüello de inocentes, y en este sentido dice Jesús que estos galileos no eran más culpables que otros galileos, y que justamente por esto era necesario que todos los galileos se enmendaran, á fin de que no les sucediese como á los degollados. Por lo demás, no hay en este pasaje ningún indicio que permita fijar con precisión un tiempo determinado del gobierno de Pilato. Preguntóse también á Jesús si era justo pagar tributo al emperador; pero esto tampoco arroja ningún dato cronológico, porque esta cuestión de tributo databa de mucho tiempo y estaba discutiéndose diariamente en muchos países. Si Jesús previó la destrucción de Jerusalén y del templo, tampoco puede servir de dato esta profecía, porque le indujo á ello, no una situación política, sino la descomposición interior, moral y religiosa del pueblo de Israel; por manera que de los discursos de Jesús no se desprende ningún dato exacto respecto del tiempo en que vivió y predicó. Debemos, pues, contentarnos con saber que Jesús fué crucificado entre los años 27 y 36 de nuestra era (1) y que los comienzos de su vida caen probablemente en el reinado de Herodes I.

Desde fines del siglo II de nuestra era se busca la pequeña ciudad de Nazareth (de la cual no hablan ni el Antiguo Testamento, ni el historiador Josefo, ni el Talmud) al Sur de la ciudad de Séforis, conocida desde muy antiguo y situada aproximadamente al Noroeste del monte Tabor. Allí se encuentra hoy día un pueblo de 5,000 á 6,000 habitantes llamado En-Nacira. Josefo describe la Galilea como un país en general feracísimo y se goza en la descripción del lago de Genezareth y de sus orillas; y si bien Josefo poetiza algo, en los discursos de Jesús se refleja también la vida feliz y satisfacción del pueblo que vivía en aquellas orillas y que por otra parte tampoco tenía grandes necesidades. Jesús era carpintero como su padre y entre las personas que iban con él encontramos luego cuatro pescadores de los que vivían en las aldeas ribereñas del lago. En los discursos de Jesús figuran dueños de viñas y sus mozos con su capataz; el mayordomo

(1) A esto corresponde también el dato de ser Caifás el sumo sacerdote cuando Jesús fué crucificado, pues se sabe que Caifás tuvo el citado cargo desde el año 18 hasta 36 de nuestra era.

de un propietario mayor; el pastor cuyas ovejas se extraviaban fácilmente en la sierra; el comerciante que anda en busca de perlas; el labrador y el hortelano. No ignoraba Jesús tampoco los contrastes sociales de su época y país, porque habla del pobre y enfermo á la puerta del hombre rico; de la miseria de la viuda que no poseía más que diez dracmas, y hasta solo dos leptas; de los lisiados que se situaban junto á las cercas y caminos. Tampoco ignoraba el rencor con que los judíos devotos miraban á los publicanos y sabía hasta dónde tenían razón. En el curso de su vida pública conoció igualmente á fondo á los fariseos y saduceos y es muy probable que desde su juventud conociera también á algunos escribas; mas nada absolutamente dice la historia de que tuviera contacto alguno con la secta de los esenios. Un hermosísimo rasgo de la vida del pueblo judío que en la vida de Jesús se encuentra á cada momento y en todas las clases de la población de Palestina, son la sociabilidad y la hospitalidad. Pueden inferirse la pureza y la virtud de la vida en las clases de la población en que Jesús se movió principalmente, de la inocente franqueza con que Jesús intervenía en la casa de María y Marta, y de la manera sencilla con que le seguían mujeres de Galilea para servirle, mujeres que no le dejaron hasta su muerte en la cruz. Las censuras á que Jesús dió lugar cuando por casualidad trató con personas que habían faltado á las buenas costumbres y á la honestidad, son otra prueba de la moralidad pública. Ya se sabe que estas censuras no impiden siempre semejantes vicios; pero son una prueba de que la conciencia se rebela contra estos pecados y contrastan grandemente con la liviandad de los griegos en aquella época tocante á las relaciones entre los dos sexos.

El momento de revelación de la misión de Jesús fué aquel en que San Juan Bautista le bautizó, en cuyo momento vió abierto el cielo, del cual vió bajar el espíritu santo de Dios en forma de paloma, mientras una voz de las alturas le dijo que era el hijo querido de Dios y que Dios le miraba complacido. Esta visión de Jesús, semejante á las de Isaías, Jeremías y Ezequiel cuando recibieron su misión, no pudo tener por lo pronto más resultado que el conocimiento placentero de Jesús de ser el hijo querido de Dios. En la visión no se encomendaba misión alguna, lo cual es muy importante para la vida pública posterior de Jesús; porque si después llamó dichoso á Pedro porque había reconocido en él al Hijo de Dios, no había hecho jamás ningún esfuerzo para publicar este secreto individual suyo y hasta prohibió á sus discípulos que de él hablaran. Solo en el último instante solemne en que el sumo sacerdote se lo preguntó en nombre de Dios lo afirmó con palabras ardientes que estallaron como un fuego largo tiempo comprimido.

Aunque la voz que Jesús oyó del cielo en el momento de su bautizo, no le encargó ninguna misión, no tuvo desde entonces reposo. A la primera visión siguió otra, la cual nos refleja las luchas interiores que ocupaban la mente de Jesús desde su bautizo. Vióse llevado en espíritu al desierto, lo que debe entenderse como aquello que refiere Ezequiel de que la mano del Señor vino sobre él, le condujo fuera en el espíritu del Señor, y le puso en un ancho campo lleno de huesos; ó cuando dice en otra visión que la mano del Señor vino sobre él, le condujo por revelación de Dios al país de Israel y le situó encima de una muy elevada montaña. De una manera semejante, pues, vióse Jesús conducido por el espíritu al desierto donde ayunó cuarenta días y cuarenta noches y después se le presentó el tentador y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, dí á esta piedra que se convierta en pan.» Lo que aquí origina la tentación es la conciencia segurísima de ser Hijo de Dios unida á la necesidad del momento. Toda contradicción entre el valor propio interior y la posición de la